

El sacrificio de Zapata y el dolor de una madre

Lucas Garve

Fundación por la Libertad de Expresión
La Habana, Cuba

La muerte de Orlando Zapata Tamayo conmovió al mundo. También, el dolor infinito de su madre. Quizás, en la inconsciencia de su intolerancia, el régimen cubano no calculó cuánto repudio despertaría en todas partes del mundo civilizado el deceso de un hombre negro condenado por defender la justicia de sus ideas democráticas.

Pocas veces la causa de la lucha por la democracia en Cuba ha reunido tantas voces de condena. Hay que tener valor para abandonar la vida. Saber renunciar a ella por una causa justa despierta profunda admiración.

En Orlando Zapata Tamayo se dieron unidas las carencias de 50 años de frustración, discriminación racial y carencias materiales. Fue un hombre que solamente pudo llegar a ser albañil, en un país donde la propaganda oficial vocifera las oportunidades que regala si uno consiente los dictámenes del gobierno. Nació en una familia humilde, pobre. Nació negro, además. Padeció entonces la peor de las discriminaciones, esa que no permite disentir por tener oscuro el color de la piel. Los negros en Cuba no pueden ser opositores, porque para la clase gobernante la mal parada Revolución eliminó la discriminación racial.

Sin embargo, ahora mismo, al cabo de medio siglo, se destapa la olla y salen a flote hechos dramáticos. Por su parte, la madre de Zapata Tamayo, Reina Luisa, magnificada en su dolor, trasladó a su pecho la llama del amor a la verdad y la democracia que no se apagó con la desaparición de su hijo. Un grito salió de su

garganta: ¡Zapata vive! Con este gesto, el hijo entero trascendido en el dolor de madre proyectó su sacrificio hacia el futuro, garantizado por un nivel de humanidad incommensurable en la medida en que regaló su vida a la mejor de las causas.

Sentí un estremecimiento cuando estreché su mano el día que tuve frente a mí a Reina Luisa. Me transmitió el dolor contenido que no dejaba callar su voz de protesta, pero sí inundó para siempre de tristeza su mirada. La muerte lenta escogida por Orlando Zapata Tamayo para demostrar su coraje y el tamaño rechazo a su condena y la de sus hermanos de la Causa de los 75 entraña enorme sacrificio. Dicen que es mejor dar que recibir y Orlando Zapata Tamayo ofreció lo más valioso que tenía: su vida.

No se puede dejar de hablar ni de escribir de Orlando Zapata Tamayo. Desde la Mesa de Trabajo de la líder opositora Marta Beatriz Roque Cabello me llegó el testimonio estremecido de Normando Hernández González, ingresado en el Hospital Nacional de Reclusos en el Combinado del Este en La Habana. El joven periodista independiente camagüeyano, uno de los condenados junto a Zapata Tamayo y la propia Marta Beatriz en la Primavera Negra (2003), trazó con sus palabras de admiración la conmoción por el sacrificio del hermano de lucha.

Bajo el título *Los últimos días de Zapata*, Hernández González muestra con dramatismo las horas finales y transmite el dolor íntimo

por la pérdida del compañero. Sólo me bastarán sus palabras para cerrar: «*La madrugada es fría. Las estrellas tiemblan de emoción, allá en el infinito. Dios acoge en su paraíso a un hombre que bendijo en vida dándole el valor de los héroes, la resistencia de los mártires, el espíritu de los Dioses. Acoge a un hombre que muere por amar*

a la Patria que lo vio nacer, por amar al prójimo como a sí mismo. Acoge a un humilde albañil cubano de 42 años de edad y de la raza negra. Acoge a Orlando Zapata Tamayo después de 86 días en huelga de hambre dando una lección universal de entereza, de patriotismo, de principio, de convicción...»



Reina Luisa Tamayo muestra la camiseta ensangrentada de su hijo Orlando Zapata Tamayo